

Henning Mankell

EL HOMBRE  
DE LA DINAMITA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

HENNING MANKELL  
EL HOMBRE DE LA DINAMITA

Traducción del sueco de Carmen Montes

TUSQUETS  
EDITORES

—¿Por qué demonios no explota?

Norström pateaba furioso con el pie izquierdo. Se le había enredado en un ovillo de hilo de acero que habían dejado descuidadamente entre las piedras de la cantera. Pateaba y el hilo se le iba enroscando a la bota y le iba subiendo por la pierna. Habría podido agacharse fácilmente y, de un tirón, habría podido quitarse aquella maraña de hilo metálico del pie y de la pierna.

Pero Norström no se agachó. Siguió pateando rabioso con el pie. Estaba sudando. La camisa gris de franela empapada en sudor, que llevaba abotonada hasta el último botón y que le cubría la panza sobrealimentada, desprendía un olor ácido a piel sucia.

Norström era capataz dinamitero. Era una tarde de sábado a mediados de junio y un calor abrasador caía sobre aquel lugar de trabajo a la intemperie. Norström dirigía la operación de abrir túneles para el ferrocarril.

Iba a ser una ruta de doble vía, y se requerían para ello tres túneles nuevos. Ahora estaban trabajando en el central, que también debía ser el más largo y complicado. Acababan de empezar con la abertura en la pared rocosa. La punzante y afilada superficie de granito gris ya estaba limpia de la fina capa de tierra. La mole rocosa reflejaba la luz del sol. La mole se elevaba unos treinta metros aproximadamente, casi en vertical, desde el suelo. No era una peña muy grande, unos cientos de metros de perímetro más o menos, y a través de ella trazarían el túnel y la vía.

A Norström no le gustaban las voladuras de túneles. «O vuelas la peña entera o nada. Atravesarla con un barreno es un desastre, tarde o temprano se vendrá abajo.» Eso pensaba él. Hasta el momento, en sus cincuenta años de vida, se había librado de tener que volar túneles, salvo quizás una vez cada cinco años, pero ahora debía vérselas con tres al mismo tiempo.

—¡Que venga alguien y me quite esta mierda!

Norström miró iracundo a varios de los picapedreros que estaban apoyados en las palancas. Disfrutaban llenos de gratitud de la pausa que se había producido. Por un lado, no había estallado la carga de dinamita, por otro, Norström se había enredado el pie en el alambre. Así que estaban todos apoyados en las palancas, aguardando de espaldas al sol.

—Anda a ayudarlo.

Oskar Johansson le dio un ligero puntapié al más

joven del equipo de dinamiteros. Era un muchacho de catorce años, bajito y flaco. El chico reaccionó enseguida y echó a correr por la explanada de arena hasta donde se encontraba Norström, se agachó raudo y empezó a tironear del alambre.

—No tires así. Desenrédalo.

Norström estaba cada vez más enojado. Entornó los ojos al sol, giró la cabeza hacia la pared rocosa, echó una ojeada al cuidado que ponía el muchacho en desenredar la maraña de acero y luego miró indignado a los dinamiteros, que seguían inmóviles apoyados en las palancas.

—¿Por qué no estalla?

Norström rugió. Oskar Johansson se irguió.

—Voy a ver.

En ese momento se soltó el alambre de acero del pie de Norström. Se había terminado la pausa. Había que inspeccionar por qué no se había producido la explosión. Y le correspondía hacerlo a Oskar Johansson, puesto que él la había preparado. Cada carga era personal. La dinamita era la misma, incontrolable y artera, pero cada explosión tenía un dueño, un responsable.

La creciente expansión industrial exigía mejores comunicaciones. Había que ampliar el ferrocarril. Se precisaban más vías. Crecían los convoyes, los trenes eran

más numerosos y las explosiones resonaban por todo el país.

El verano estaba muy avanzado. El calor que comenzó a finales de mayo había empezado a quemar la tierra. Esta crujía bajo los pies de los dinamiteros mientras caminaban a la sombra de los abedules durante los breves descansos que se tomaban.

Oskar Johansson se limpió el sudor de la frente. Se miró el dorso de la mano. Relucía de sudor y se lo secó en la camisa. Oskar tenía veintitrés años. Era el más joven del equipo de dinamiteros, porque el peón no contaba. Llevaba siete años trabajando de dinamitero y le gustaba. Era alto, corpulento, con una cara redonda y abierta que nunca estaba seria. Tenía los ojos de color azul claro y el pelo rubio le caía rizado sobre la frente. Gracias al calor estival, que tan pronto había llegado ese año, se había puesto moreno. Llevaba una camisa gris claro y un pantalón de lino azul oscuro, e iba descalzo.

Entornó los ojos mirando en dirección a la montaña rocosa.

—¿Quieres darle un vistazo?

Norström estaba con los brazos en jarra intimidando a Oskar con la mirada. A Norström no le termina-

ban de gustar las explosiones fallidas. En parte, porque nunca se sabía lo que podía pasar, en parte porque retrasaban el trabajo. Él era el responsable de que siguieran el plan, y aquel túnel iba a costar mucho trabajo, lo sabía. Además, tenía resaca. Había cumplido cincuenta y cinco años el día anterior, y lo festejó por la noche. Estuvo bebiendo aguardiente hasta que cayó redondo en la cama hacia las dos de la madrugada. Y estuvo vomitando mucho y durante un buen rato cuando se levantó dos horas después para ir al trabajo. Casi lamentaba no haber aceptado la posibilidad que le concedían de tomarse libre un día por la celebración. La dirección le hacía aquella concesión porque, aunque no de forma continuada, llevaba trabajando en la construcción del ferrocarril desde 1881. Además, era famoso por cumplir los plazos y adelantar el trabajo. Por esa razón, sus dinamiteros le habían asignado el mote de «La honra del trabajo». Nunca lo usaban cuando Norström andaba cerca, únicamente lo llamaban así cuando estaban solos, por la noche, en sus casas o en los descansos, cuando Norström andaba ocupado en otras tareas. La primera vez que Norström se enteró de que le habían puesto un apodo se puso furioso, pero luego empezó a interpretarlo como una señal de que los dinamiteros le tenían miedo, y eso sí lo satisfacía. En la actualidad, él también utilizaba a menudo esa nota para referirse a sí mismo cuando les hablaba del trabajo a sus amigos. Ayer mismo les es-

tuvo contando lo mucho que imponía a los dinamiteros. Se sentó a hablar con su cuñado, que había ido al cumpleaños, y le habló largo y tendido de su oficio.

Eran cerca de las tres y, al cabo de tres horas, darían por finalizado el trabajo de la semana. Luego tendrían el día libre, y Norström podría pasárselo recostado en la cama matando moscas, mandando callar a los niños, y luego ponerse a planificar el trabajo de la semana siguiente. Según los cálculos de la semana anterior, deberían haber adelantado más. Y nada lo irritaba tanto como que los cálculos no salieran. Eso le arruinaría el domingo, el día de descanso se lo pasaría amargado.

—¿Han soltado la mecha?

Algunos de los dinamiteros respondieron que no con un leve murmullo.

—¿Están locos? ¿Por qué no?

Norström no salía de su asombro al ver que no habían llevado a cabo aquella operación tan obvia. No comprendía por qué los trabajadores se habían tomado aquel descanso con ese calor.

—¡Ya puedes empezar a correr y arrancar el cable!

Norström le dio una patada al peón. El chico salió corriendo hacia la caja de madera, que se encontraba a unos metros de ellos, y sacó un cable que se había atascado en una de las pinzas de acero de la parte de atrás.

Oskar se irguió, dejó la palanca apoyada contra una piedra y empezó a andar despacio camino a la gran



pared rocosa. Caminaba muy lento, como si no quisiera despertar a la vida a la dinamita. Entornó los ojos en medio de aquel calor y se secó el sudor salado de los párpados. Cuando una carga no explosionaba, se extendía cierto malestar entre todo el equipo. La dinamita era peligrosa, uno nunca sabía qué podía ocurrir. Pero alguien tenía que acercarse a comprobar lo que pasaba, y no existía más protección que la cautela.

Oskar se detuvo a tres metros de la roca. Se mordió el labio, miró bien el barreno que había en la montaña, por el que se introducía ensortijada la larga mecha. Se volvió y preguntó en voz baja a los que seguían esperando apoyados en las palancas:

—¿Está suelta la mecha?

El propio Norström se acercó en contra de su costumbre unos pasos hacia la caja de madera, echó un vistazo y aseguró en voz alta:

—Está suelta. Puedes seguir.

Oskar asintió, más para sí mismo que para Norström. Asintió para sí mismo, para convencerse de que todo estaba listo.

Luego se vuelve, enfila con la mirada el taladro abierto en la peña y echa a andar a pasitos lentos hacia la pared de roca. No aparta la mirada del barreno. Se muerde el labio, le corre el sudor desde el cuero cabelludo hasta la cara, parpadea para ver mejor y, cuan-

do se encuentra a medio metro de la roca, se detiene y se inclina cauteloso. Sin disminuir la concentración, alarga despacio el brazo derecho hasta que la mano descansa justo encima del barreno. Se concentra, toma impulso y empieza a sacar la mecha del barreno. Evoca vagamente el sonido metálico de una palanca al dar contra la piedra; con las yemas de los dedos rodea la mecha.

Un segundo después explota la montaña, y el jefe Norström contará durante muchos años que, mientras su equipo de dinamiteros trabajaba en el túnel central de los tres que tenían que abrir para el ferrocarril, se produjo lo increíble: uno de ellos sobrevivió a una explosión que le estalló al lado. El dinamitero se llamaba Oskar Johansson, y el peón, un muchacho de tan solo catorce años, se desmayó cuando encontraron la mano derecha de Oskar en un arbusto a setenta metros de allí. La encontraron gracias a las moscas que se reunieron alrededor de la mano putrefacta. Estaba entre los dientes de león con los dedos extendidos.

Y Norström contaba que Oskar Johansson no solo sobrevivió a la explosión, sino que además siguió trabajando como dinamitero cuando se recuperó.

Aquella tarde de un sábado de junio de 1911, Oskar Johansson perdió todo el pelo. El ojo izquierdo salió disparado de la cuenca por la presión de la dina-

mita. La mano derecha la cortó una lasca de roca a la altura del puño. Casi con precisión quirúrgica, le cortó la mano. Otra lasca salió como una flecha ardiente hacia el bajo vientre, le cortó a Oskar la mitad del miembro viril y le pasó por la ingle atravesándole el riñón y la vejiga.

Pero Oskar Johansson sobrevivió y siguió trabajando de dinamitero hasta la jubilación, y no murió hasta el 9 de abril de 1969.

El lunes decían los periódicos locales que un joven dinamitero había fallecido en un accidente trágico y atroz. Nadie pudo evitar el horrendo final. Todo había que atribuirlo a la dinamita, esa sustancia tan peligrosa. Una suerte en la desgracia fue que nadie más salió perjudicado, que el fallecido no tenía familia que quedara en desamparo.

Aquella noticia nunca llegó a desmentirse.

El despertador suena estridente e implacable. Son las tres y cuarto de una madrugada de mediados de mayo. En el cuarto el ambiente es frío y húmedo, y la estufa de aceite está helada. El mar se ve negro azulado y sereno. Una densa bruma extiende su peso sobre la superficie del agua. La grisura de la luz moldea como suele hacer esas imágenes. Las ramas de los robles sobresalen como ruinas a través del gris.

Mientras camino por el sendero que bordea la playa, la arena y las algas de color parduzco crujen como cáscaras de huevo bajo mis talones. Un leve movimiento se propaga por la superficie del agua. Las olas ruedan hacia la orilla lisas y silenciosas. A lo lejos ha pasado un barco. Un lucio golpea la superficie del agua y el sonido se desliza entre las rocas al otro lado de la ensenada.

La isla no es grande. Rodearla lleva media hora. Hasta el cabo donde se encuentra la casa de Oskar tardo unos quince minutos. Sigo la orilla, giro entre

los robles, allí donde la arena da paso a escarpados bloques de piedra, bajo de nuevo hasta la playa, me agacho al pasar junto a unos matojos de aliso y, a partir de ahí, no hay más que seguir el leve arco de la ensenada hasta llegar al cabo, donde se alza la casa.

La puerta está entreabierta. Oskar ya se ha levantado. Está sentado a la mesa haciendo un solitario, es su particular forma de jugar al idiota. Me hace una seña con la cabeza y voy y me sirvo el café que hay al fuego. Me siento en el banco, tomo una taza azul rota y me limito a esperar hasta que Oskar diga que es hora de irse.

Oskar compró la caseta hace siete años. Fue cuando el ejército desmanteló los barracones que quedaban de los años de provisión durante la guerra. Oskar pudo comprar la caseta por ciento cincuenta coronas, siempre y cuando se encargara él mismo del transporte. Pero Oskar fue en busca del propietario del terreno, que le dio permiso para dejar la caseta donde estaba y vivir allí hasta su muerte. Al año siguiente lo ayudé a retirar los bancos de la caseta, a recubrir la cara interna de las paredes con masonita, a hacer una separación para la cama, a meter un armario y a abrir una ventana. Luego lo pintamos todo de rojo y blanco. Oskar se muda a la isla a principios de abril, y allí se queda hasta que llega el frío de octubre.

La caseta tiene metro y medio de ancho por más de tres metros de largo. Si me pongo de puntillas, toco el techo con la cabeza.

La cama: es la vieja y chirriante cama de oficial que le dieron gratis cuando derribaron el barracón grande que había en lo alto de la pendiente.

Una manta marrón, dos juegos de sábanas, las fundas de los almohadones con el borde rojo y las iniciales A.J. en letras rebuscadas. Dos sillas marrones de cocina, la mesa, con un mantel de plástico de color verde. Una lámpara, una estufa, un transistor, un juego de cartas, unas gafas, una cartera.

Las tazas, los platos, el café y las papas.

Oskar alarga el índice de la mano izquierda y pulsa un botón de la radio. Es un índice grueso, más que dos dedos normales juntos. En la mano izquierda solo le quedan el pulgar y ese índice, que juntos han evolucionado hasta convertirse en una garra prensil capaz de asumir la función de las dos manos. El índice pulsa el botón y la música inunda el espacio, altísima. Pero es una señal. Pronto nos levantaremos y nos iremos. Poco antes de las cinco nos sentamos en el bote de remos de Oskar. Es ligero, hecho de masonita remachada en una sencilla armazón de madera. Es de color verde hierba y tiene el fondo liso. Me siento en la popa y Oskar sale remando de la orilla. Sujeta el remo izquierdo con esos

dedos suyos. El derecho, con el pliegue del codo. Cuando pasamos por delante de los tres tablonés de madera que forman el muelle de Oskar, el bote gira y nos deslizamos hacia el otro lado de la ensenada.

Nos movemos sin hablar por la superficie del agua. Aún hace frío y la bruma sigue igual de gris. Los golpes de remo de Oskar son parejos y siguen el compás de su respiración. Si para, contiene el aliento.

Al otro lado de la ensenada están echadas nuestras tres redes. Una red para la perca. Otra, para la platija. Primero las percas. Luego las platijas. Sacamos las redes en el mismo orden de siempre. Yo acuclillado en la popa. Oskar remando despacio hacia atrás. Oskar va contando en voz alta cada pez que sacamos. Una cifra, un número. Nada más.

—Uno.

—Dos.

—Tres.

—Cuatro.

Una perca bien hermosa y tres platijas. Saltan sobre el fondo, a nuestros pies. Tengo las redes enmarañadas sobre las botas. Oskar da la vuelta y regresamos.

Mayo de 1962. Estamos escuchando Radio Nord. Oskar se ríe cada vez que la voz de la radio da la frecuencia de señal y habla de megaciclos.

—¿Qué demonios hacen? ¿Van en biciclo dentro del barco...?

Se ríe para sus adentros y me mira entornando el único ojo que tiene. Tamborilea con el índice sobre el hule de la mesa.

La niebla continúa siendo densa, el mar sigue igual de quieto, pero la luz gana intensidad y se abre camino hendiendo la bruma. Oskar se revuelve en la silla, agarra el respaldo con sus dos dedos y se levanta lo bastante para poder mirar por la ventana. Echa una ojeada y se deja caer de nuevo en la silla, y vuelve a esa variante suya tan curiosa del idiota.

Las cartas están sucias y rotas. La jota de picas tiene una mancha de sangre en una de las caras. El siete de trébol pertenece a otra baraja. Una que tiene en el dorso ve-  
leros de distinto tipo. La otra baraja tiene el fondo de color burdeos, con un fino borde blanco alrededor.

Radio Nord emite algo del grupo musical Den Siste Mohikanen, con Little Gerhard.

El dedo índice tamborilea despacio en el hule, como el goteo de un bloque de hielo que se derrite. El idiota no sale.